

La magia de las palabras

por M^a de la Luz Uribe*

El poder evocador del ritmo y la rima de las palabras, más que su significado, y su importancia en el proceso de crecimiento y maduración del niño es el motivo de reflexión de la articulista, quien, a su vez, advierte acerca de la escasez de libros en verso de nuestro mercado editorial.

Hace varios años, en el primer encuentro sobre literatura infantil al que me tocó asistir, alguien me preguntó por qué escribía en verso. No llegué a cerrar los ojos para pensar una respuesta. En sólo un pestañeo recordé «Rin Rin renacuajo/el hijo de rana/salió esta mañana/muy tieso y muy majo/con pantalón corto/corbata a la moda/sombrero encintado/y chupa de boda». En ese recuerdo instantáneo estaba la voz de mi madre, el olor del pastel que cocinaba, la calidad del aire de una tarde de invierno en mi tierra, el amor, la diversión. Sobre todo la diversión. Porque ante esa pregunta me di cuenta que todo ese largo cuento en verso, como *El Señor don Gato*, como *La hormiguita*, como tantos otros, estaban reservados en mi memoria como bloques de realidad en sí misma, en los que jugaba un papel más importante el ritmo y la rima que el significado de las palabras, el sonido que la historia en sí. Nada quería decir Rin Rin, como nada quería decir para la niña chilena majo ni chupa. Pero iban, sonaban, rimaban, saltaban, jugaban. Y ahí están, después de tantos años, retrayéndome a momentos de felicidad a los que pue-

do echar mano en cualquier momento y lugar.

Esos cuentos venían de la infancia de mi madre, que nos contó, ya mayores, que los compraba por unos céntimos a la salida del colegio y se los aprendía de memoria. Eran, dice, los cuentos de Calleja, pero hasta ahora no he podido descubrir por qué exportaban esos cuentos en verso (uno por cada pequeño libro) y parecen no haberlos distribuido por España. Lo que sí he comprobado es que muchos de ellos eran traducciones adaptadas con enorme gracia del *Mother Goose* inglés, como *Simón el bobito* (el Simple Simón que recitan los niños de habla inglesa). En todo caso, mis hijos los escucharon desde muy pequeños, y espero que sus hijos también los reciten y conecten así con nuestra historia.

La forma profunda de enlazar nuestra vida con el pasado no se encuentra en los libros de historia que después aprenderemos, sino en la cuna, cuando antes de «saber» nada, aún antes de conocer el nombre de las cosas, llega a nuestros oídos el sonsonete de alguna rima o canción: «Aserrín, Aserrán/los maderos de San Juan/piden pan no les dan/piden



queso les dan hueso...». La palabra llega entonces a nuestra mente como un todo rítmico envuelto en alegría y placer, como un juego complejo que poco a poco llegaremos a entender. Es el mensaje misterioso de las generaciones, que nos entrega la llave para comunicarnos con los demás. Nos entrega la palabra.

Este es un mecanismo tan antiguo como la historia del hombre.

Sin embargo, ante la gran producción de libros para niños que se publican ahora en España, muy pocos se ocupan de «contar en verso», no porque los versos no existan, sino, me temo, por descuido o prejuicio comercial. El resultado es que, poco a poco, se pierde el instinto natural del adulto de jugar con la palabra usando la rima y el ritmo. Y, peor todavía, el niño se olvida o desconoce el placer del lenguaje.

Según María Montessori, el mecanismo del lenguaje es instantáneo y el niño lo absorbe como una parte de la realidad que llega a provocar su oído para que la voz reproduzca los sonidos del ambiente. Si los sonidos del lenguaje llegan a su mente ordenados y adornados por el ritmo y la rima, este mecanismo se pondrá en funciones más fácilmente y en forma enormemente atractiva. A su vez, Piaget afirma y demuestra que hasta los diez u once años el niño identifica palabra, materia y pensamiento, de modo que el objeto, su nombre y lo que el niño piensa de él son una misma cosa. Este «realismo nominal», dice Piaget, es el que el nombre forma parte de la esencia de las cosas, lleva al niño a una lógica diversa de la del adulto y que nos puede parecer absurda.

Los ingleses han cultivado especialmente y con gran humor el *nonsense*

y el *limerick* (llamado así porque fue popularizado por los habitantes de Limerick, en Irlanda). Su mejor y más conocido exponente es Edward Lear. Pero en los demás idiomas también se encuentran disparates y desatinos, o simplemente pareados en los que la onomatopeya juega un papel muy importante y el valor de la palabra es puramente acústico. Lo usó Aristófanes en sus onomatopeyas (en *Las ranas* por ejemplo), lo usó Dante cuando en el infierno los demonios saludan a Satanás (Pape Satán, Pape Satán Alepe), lo usó Valle Inclán (*La madre coja, coja y badoja*), lo usó Chaplin en su famosa canción onomatopéyica de *Tiempos modernos*. Y está el *Libro de los disparates* de Juan de la Encina. Y también Góngora, Quevedo, tantos amantes de la palabra.

Alfonso Reyes, en su famoso ensayo *Las jitanjáforas* dice que el ritmo

es el movimiento de las palabras. La palabra jitanjáfora, que hay que reivindicar en nuestro idioma, indica todos aquellos disloques del lenguaje, los sinsentidos, la fórmula irracional que se acerca al misterio de la lírica. El nombre se lo puso Reyes a raíz de unas niñas a las que su padre hacía recitar poemas cuidadosamente preparados cuando había visitas. Cuenta que una tarde las niñas delicadamente vestidas usaron el metro del poema para recitar: «Filiflama alabe cundre/ala alalúnea alifera/alveolea jitanjáfora/liris salumba salífera...». Desde entonces llamó a las niñas jitanjáforas. Y luego extendió el término a los disparates en nuestra lengua. Que no son pocos. Los usan los niños para saltar el cordel, contar, tirar la pelota. («Pito pito colorito...») «Una dola trela catola...», «Ene tene tú cape nane nú»). ¿Y qué es «mácarilerileró» sino una jitanjáfora? ¿Y «Sesta Bayesta Martín de la Cuesta»? ¿Y el «abracadabra» universal?

Existe la impresión equivocada de que la tradición del verso para niños es típica y propia de la tradición inglesa, o alemana, nórdica en general. Sin embargo, en nuestro idioma hay rimas para aprender el alfabeto y los números. Para dormir, despertar, rezar, cantar, beber, amar. Hay rimas y pareados para adivinar, desenredar la lengua, para encantar, para maldecir, para rabiarse, para reír. Y también para disparatar e inventar. Me pregunto por qué no las usamos más.

La sabiduría popular, y la infantil, mantiene el uso de los refranes para desmitificar al hombre, para revelar los secretos del comportamiento humano («Si eres un burro teñido/cuando llueva estás perdido») o para dar un aspecto amable a fenómenos de la naturaleza que no dominamos («Que llueva, que llueva/la luna está en la cueva»). Y desde siempre han estado las aleluyas, los trabalenguas, las adivinanzas, las retahílas, todos rimados, todos ritmados, para ayudar al hombre a dominar la palabra.



Dominar la palabra es para el niño dominar el mundo y dominarse a sí mismo. Recordando otra vez a Piaget, debemos aclarar que para el niño «pensar es manejar palabras», y que hasta los siete, ocho años los nombres emanan de las cosas. Sólo gradualmente el niño llegará a tener conciencia de su propio pensamiento. Pero esto sólo es posible con la práctica de la palabra. Y la palabra se practica utilizando el ritmo, que es la energía que la mueve y que la hace viva.

Transcribo lo que dice Cortázar sobre su relación con las palabras en su infancia: «Desde muy pequeño, mi relación con las palabras no se diferencia de mi relación con el mundo en general... El hecho de ser un niño que al leer al revés una frase o una palabra encontraba una repetición o un sentido diferente —escribir en el aire Roma y luego leer Amor al invertirla— me resultaba fascinante... me sen-

tí instalado en una situación de relación mágica con el idioma».

La magia del idioma puede ser percibida por todos los niños, que están ávidos de ella, pero hay que darles los elementos necesarios, las rimas, el ritmo, los disparates, los versos maravillosamente tontos. Cuando un niño comienza a jugar con las palabras por cuenta propia gozando con los sonidos, las sílabas, las onomatopeyas disparatadas, ha encontrado el camino de su propia libertad.

Doy algunos ejemplos de palabras inventadas por niños:

—Para la alegría y el desconcierto: «¡Piritutati!»

—Para la rabia: «¡Chunda, chacunda, chacunda, chacunda!»

—Para el aburrimiento:

«Querín Campano se fue a la guerra y que tocaba la chuncanchera y que tenía forma de pera». ■

* M^a de la Luz Uribe es escritora.